

HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS



Carta Pastoral a los Hermanos

EL ROSTRO DEL HERMANO HOY

Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría, HEC

Superior General

25 de diciembre de 2000

Via Aurelia - Roma, Italia

CARTA PASTORAL - DICIEMBRE 2000

EL ROSTRO DEL HERMANO HOY

La centralidad de nuestro Cuarto Voto

25 de diciembre de 2000
Natividad del Señor

Queridos Hermanos:

A Aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar, conforme al poder que actúa en nosotros, a él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones y todos los tiempos. Amén (Efesios 3, 20-21).

Hermanos reciban por medio de estas líneas un fraternal saludo de Navidad y Año Nuevo. Las palabras de San Pablo a los Efesios nos permiten reconocer a ese Dios Padre que nos invita siempre a ir más allá de nuestros proyectos y deseos; a ir más allá de nosotros mismos. Y esto es sumamente alentador porque no es sólo un buen deseo. San Pablo nos habla de una fuerza que actúa en nosotros; la fuerza de Dios que actúa en nuestra condición humana. Pido al Verbo encarnado, manifestación del Dios que actúa en la debilidad, nos dé nuevas fuerzas y entusiasmo para realizar la obra que nos ha encomendado y que el año

2001 que ahora iniciamos, y en el que celebraremos los 350 años del nacimiento del Fundador, sea para cada uno de nosotros y para todos los que se benefician de nuestro ministerio, tiempo de gracia y de salvación.

Nuestro 431 Capítulo General al estudiar e impulsar el tema de la Asociación ha abierto el Instituto a un proceso que no sabemos exactamente dónde nos va a llevar pero que debemos ver con mucha esperanza ya que puede significar un verdadero relanzamiento de nuestro carisma. Esta nueva óptica nos pide cambios, por ejemplo, en el campo de la comunicación. ¿Qué publicaciones debemos abrir a los asociados y cuáles deben ser para el Instituto? Es un tema que estamos estudiando, pero personalmente deseo a lo largo de estos siete años dirigir a los Hermanos del Instituto esta Carta Pastoral. Y esto por dos razones. Hay temas que tocan directamente nuestra identidad y es importante que los reflexionemos e interioricemos; y por otra parte este tipo de contacto permite llegar a cada Hermano de una manera más familiar y profunda.

Antes de iniciar a desarrollar el tema de esta Carta quisiera compartir con ustedes algunas noticias de Instituto.

Recordando el 431 Capítulo General.

Hemos vivido un Capítulo General que ha despertado muchas expectativas y esperanzas. Hemos mirado al futuro y creemos en nosotros mismos. Nos toca ahora como Gobierno central del Instituto llevar a la práctica las decisiones aprobadas y planificar los siete años que tenemos

delante a la luz del Capítulo y de las necesidades y deseos que personalmente nos animan en relación al Instituto. Es un desafío enorme pero contamos con: la presencia y guía de Dios en cuya obra estamos comprometidos, el apoyo de nuestros Hermanos y la calidad de un equipo que puede hacer muy bien las cosas. Como decía Monseñor Helder Camara: *Cuando se sueña colectivamente el sueño es una realidad posible.*

A medio año de la celebración de nuestro último Capítulo creo que debemos dar gracias a Dios por este acontecimiento congregacional. Como ya se ha expresado de diferentes maneras no podemos reducir nuestro Capítulo a una serie de documentos y propuestas por importantes que sean. Para los participantes fue un momento de gracia, de fraternidad, de mirar con esperanza al futuro. Ojalá hayamos podido contagiar a nuestros Hermanos con tales sentimientos. Seguramente tienen en sus manos la Circular 447 y a nivel distrital y regional estudian la manera de llevarla a la práctica. El tema central: «*Asociados para el servicio educativo de los pobres como respuesta lasaliana a los desafíos del siglo XXI*» debe inspirarnos políticas creativas en nuestro ministerio educativo y ayudarnos a discernir mejor nuestra propia identidad.

Con los Hermanos del Consejo General hemos estado trabajando durante más de dos meses en la implementación de nuestro Capítulo y en la política de animación del Instituto y de la Familia Lasaliana en los próximos siete años. Ha sido un trabajo arduo y exigente pero al mismo tiempo enriquecedor y fraterno. Agradezco a mis Hermanos sus

excelentes aportes, su disponibilidad y apoyo.

Jornadas Mundiales de la Juventud.

Durante el mes de agosto vivimos en Roma un acontecimiento excepcional. Más de dos millones de jóvenes participaron en las Jornadas Mundiales de la Juventud. En esos días los medios de comunicación no señalaron el más mínimo incidente. Tuvimos la suerte de alojar en nuestra Casa Generalicia a unos 1400 jóvenes y de recibir la visita de otros grupos de jóvenes lasalianos alojados en diferentes partes de la ciudad. Su entusiasmo, alegría, capacidad de sacrificio y de adaptación, sus momentos de oración y su participación litúrgica fueron extraordinarios.

Personalmente esta experiencia me ha hecho pensar que debemos dejar de lado tantos prejuicios que a veces nos muestran solamente el revés de la moneda y saber valorar los innumerables aspectos positivos de los jóvenes que tenemos en nuestras manos. Nuestro trabajo como maestros, acompañantes, guías, amigos de los jóvenes tiene un valor enorme y actual. Nacimos para los jóvenes y son ellos los que deben mostrarnos el camino a seguir. La Regla nos invita a hacer un esfuerzo de inculturación en el mundo juvenil (Regla 18). Por otra parte es importante apoyar y consolidar el movimiento juvenil lasaliano. En estos momentos el movimiento juvenil lasaliano del distrito del Canadá francófono prepara un encuentro internacional previo a las próximas Jornadas Mundiales de la Juventud que tendrán lugar en Toronto en julio del 2002. Sin duda en los meses que vienen recibirán la debida información.

Sectores en dificultad.

En estos últimos meses hemos tenido muy presentes a nuestros Hermanos de Tierra Santa. Como saben se ha vivido una situación de mucha violencia que ha tenido directamente alguna repercusión en la Universidad de Belén alcanzada por algunos disparos, e indirectamente en todas nuestras obras que han debido suspender por bastante tiempo las clases. Agradecemos a los Hermanos y a todos los lasalianos su coraje y entrega en momentos tan difíciles y nos sentimos solidarios y cercanos a ellos. Me parece que ésta es una ocasión para recordar la prioridad que para el Instituto tienen las obras lasalianas de Tierra Santa. La Universidad de Belén es sin duda una de las obras más importantes de nuestro Instituto; y allí todos los establecimientos educativos lasalianos son una presencia de Iglesia de gran valor a favor del ecumenismo y del diálogo interreligioso. Nos preocupa el futuro y el cómo asegurar la continuidad de nuestra presencia. Este será sin duda un tema que pedirá tiempo, reflexión y soluciones realistas de parte del Instituto.

Beatificación de los mártires de Valencia.

El 11 de marzo de 2001 celebraremos la Beatificación de nuestros Hermanos mártires de Valencia junto a un grupo de 226 mártires de la guerra civil española. Se trata de los Hermanos Honorato Andrés, Florencio Martín, Ambrosio León, Bertrán Francisco y Elías Julián. Los cinco originarios de Teruel y pertenecientes al distrito de Barcelona que comprendía también Valencia. Los tres primeros, Herma-

nos de la comunidad de Bonanova, fueron martirizados el 22 de octubre de 1936 cuando queriendo ir a Aragón se vieron obligados a detenerse en Valencia. Y allí movidos por su celo apostólico desearon continuar su ministerio educativo lo que llevó a que descubrieran su carácter de religiosos y el mismo día de su detención fueran asesinados. Los dos últimos, de la comunidad de Cambrils, tuvieron que desalojar esta casa de formación y acompañar a un grupo de Novicios y Escolásticos de Aragón. Al detenerse en Valencia fueron identificados como religiosos y asesinados el 22 de noviembre de 1936. Llama de nuevo nuestra atención su edad: 28,23,22,23 y 35 años respectivamente.

La Iglesia ha querido en este año jubilar honrar de manera especial la memoria de los mártires. La capilla de los Mártires en la Casa Generalicia ha querido recoger y guardar el testimonio de nuestros Hermanos Mártires. Son ellos testigos de Cristo y de los valores evangélicos. Que su vida y su muerte sean para nosotros una nueva invitación a vivir con radicalidad nuestra entrega al Señor en el servicio educativo de los jóvenes, especialmente los pobres.

350 aniversario del nacimiento del Fundador.

El 30 de abril del 2001 celebraremos los 350 años del nacimiento de nuestro Santo Fundador San Juan Bautista de La Salle. El nacimiento es siempre ocasión de pensar, agradecer y celebrar la vida. Es en términos de vida con los que deseo invitarlos a que vivamos este importante aniversario. Un canto a la vida recibida, por mediación de

nuestro Fundador a lo largo de estos 350 años, por tantos niños y jóvenes de todos los continentes. Un desafío a la vida que debemos continuar defendiendo en todas sus dimensiones.

El compromiso capitular de hacer nuestra la defensa de los derechos del niño me parece una fórmula acertada para vivir este ideal. Siempre me ha llamado la atención cómo nuestro Fundador en varios de sus escritos hace suyo el texto evangélico de Juan (10,10) «*He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.*» (M. 45,1, M. 112, 3, M. 196, 3, M. 201,3, EMO 2,81; I 6,15) A nosotros nos toca hoy continuar el compromiso lasaliano de dar la vida y darla en abundancia, particularmente a aquellos jóvenes que ven su vida amenazada de múltiples formas. Espero que demos esta orientación a las celebraciones con las que culminaremos nuestro año jubilar lasaliano.

El rostro del Hermano hoy: La centralidad de nuestro cuarto voto.

El título de esta carta corresponde al tema escogido por la Convocación de los Hermanos de la Región Italia celebrada en Paderno del Grapa en el mes de julio pasado y en la que tuve la gracia de participar y compartir algunas ideas. En realidad se trata de un tema que responde a una doble pregunta que estuvo muy presente en nuestro 431 Capítulo General. ¿Quiénes somos? ¿Quiénes debemos ser? Estamos ante el tema de nuestra propia Identidad, tema recurrente desde hace varios años, y no sólo en el ámbito de la vida del Hermano o de la vida religiosa, sino también en el

ámbito político, cultural y social. La pregunta seguramente nace, entre otras causas, debido al cambio de coordenadas que hoy vivimos y ante las cuales nos debemos situar.

No cabe duda que hoy el rostro del Hermano en el Instituto se ha enriquecido con una serie de rasgos que han dado a su vocación nueva vitalidad. Personalmente descubro múltiples signos de vida en el Instituto. Entre otros puedo señalar: la calidad humana y religiosa de tantos Hermanos de todas las edades; el testimonio de fidelidad de nuestros mayores; la fraternidad como signo distintivo; el deseo de responder con creatividad a las necesidades de hoy y a las nuevas pobrezas; la actitud de respeto por la persona y la amplitud de miras; la increíble riqueza de nuestra espiritualidad encarnada y unificadora; la apertura a compartir espíritu y misión; las inquietudes espirituales de muchos Hermanos jóvenes; una mayor sensibilidad ante el diálogo ecuménico e interreligioso.

Sin embargo la crisis de la identidad nos toca también a nosotros, igual que a la mayoría de nuestros contemporáneos. En nuestro caso podemos hablar hoy del Hermano en el contexto de la Misión compartida y, a partir del último Capítulo, de la Asociación; pero podríamos hablar también del Hermano, religioso en el seno de una Iglesia, que ha apostado por el laicado; o del Hermano educador en una escuela que sufre cada vez más presiones en la sociedad moderna, en la que se tiende a devaluar la función del docente; o del Hermano nacido para dar cristiana educación a los hijos de los artesanos y los pobres y hoy comprometido en obras dirigidas a la clase media; o del Her-

mano cuya función principal es la Catequesis, absorbido por lo profesional; sin olvidar tampoco al numeroso grupo de Hermanos que al llegar a la edad de retiro son arrancados de lo que hasta ese momento constituía la razón de su vida y se preguntan cómo volver a empezar.

El 431 Capítulo General señala en el documento sobre la Identidad una causa concreta de las dificultades actuales: *Pero, en el clima de incertidumbre y de inseguridad, provocado y alimentado por cambios cada vez más grandes, de los que la mundialización es un ejemplo, persisten cuestiones que afectan a la identidad del Hermano. Esto es particularmente cierto allí donde la pérdida de las funciones tradicionales, que en otro tiempo eran exclusivas de los Hermanos, les ha privado de lo que ha podido ser sólo una identidad funcional, expresada mejor con el término **actuar** que con el de **ser**.*

Creo que a veces confundimos el tema de la identidad con el del papel que hoy estamos llamados a desempeñar a causa de los cambios tan dramáticos que el mundo ha experimentado. Hoy se nos habla de nuevos paradigmas que nos invitan a abrir nuevos caminos, a emprender nuevas búsquedas, a partir de nuevas intuiciones. No podemos encerrarnos en el pasado y vivir de espaldas a las realidades de hoy.

Ante las nuevas realidades podemos reaccionar de dos maneras: ver el momento que hoy vivimos como algo negativo e incierto o vivirlo apasionadamente abriendo caminos de futuro. Creo que ésta es la razón por la que hoy

se habla tanto de refundación. El Padre Kolvenbach, Prepósito general de la Compañía de Jesús, al comentar este término afirma: *«Este término expresa nuestra conciencia que, para vivir verdaderamente nuestro carisma en la época actual, es necesario un cambio en profundidad, necesitamos algo más radical que una simple adaptación aquí o allá, alguna innovación de circunstancia o una mutación inevitable.»*

Sin pretender dar una visión completa de nuestro ser Hermano hoy quisiera reflexionar sobre algunos aspectos de nuestra identidad que me parece son de actualidad y pueden ayudarnos a hacer ese *«cambio en profundidad»*.

La centralidad de nuestro cuarto voto.

El Hermano John en su última Carta Pastoral nos invitaba a vivir hoy nuestra Historia fundacional. Quisiera continuar su reflexión recordando lo que considero esencial en esa historia de familia e invitándome e invitándoles a encarnarla de nuevo en nuestro mundo de hoy.

Personalmente pienso que el Fundador y los primeros Hermanos queriendo responder a las necesidades de una juventud pobre y abandonada, consideraron que lo esencial era para ellos como lo expresaron en la fórmula de su compromiso definitivo en 1694, vivir como consagrados en esta comunidad de las Escuelas Cristianas, al servicio de la educación cristiana de los niños y jóvenes pobres.

La Consagración en clave lasaliana integra, como el Evan-

gelio, el amor a Dios con el amor a la persona humana. Para el Fundador y los primeros Hermanos la mayor gloria de Dios se traducía en el servicio educativo de los pobres. Monseñor Romero dirá más tarde que la mayor gloria de Dios es que el pobre viva y creo que ésta era la visión del Fundador al centrar su atención en los hijos de los artesanos y los pobres. Y, al mismo tiempo, nuestro Fundador tenía conciencia que el mayor don que podemos entregar al hombre es el Dios viviente que debemos hacer visible con nuestra vida.

Esto tiene por otra parte profundas raíces cristológicas. En el mensaje programático de Nazaret la consagración de Jesús por el Espíritu se traduce en anuncio de la Buena Nueva a los pobres, en liberación de los cautivos, vista a los ciegos, libertad a los oprimidos, año de gracia del Señor (cf. Lucas 4, 16-20).

Pero nuestro cuarto voto no tiene solamente esta dimensión mística de entrega a Dios y procurar su gloria sino que tiene una fuerte repercusión comunitaria. La asociación para tener juntos las escuelas al servicio de los pobres refuerza los lazos de los Hermanos entre sí. El Fundador fue llevado, poco a poco, a descubrir que su vocación personal estaba ligada al hecho de hacer nacer una fraternidad al servicio de la juventud abandonada. Comprendió que la voluntad de Dios para con él, el servicio que él debía ofrecer a la obra de Dios, consistía en «*el establecimiento y guía*» de una comunidad, constituida por personas libremente comprometidas por Dios para el servicio de la juventud pobre y abandonada, constantemente

dinamizada por la referencia al Dios viviente y a la obra de Dios y por la experiencia vivida de la fraternidad.

La Regla actual sintetiza de manera extraordinaria la génesis de nuestros orígenes: *«Juan Bautista de La Salle se sintió movido a fundar una comunidad de hombres que, iluminados por Dios y en sintonía con su designio salvador, se asociaron para dar respuesta a las necesidades de una juventud pobre y alejada de la salvación. Hoy como ayer, toda comunidad de Hermanos descubre en dicho acontecimiento sus motivaciones fundamentales.» (R.47)*

Nuestra entrega personal a Dios, la hacemos en el seno de una comunidad. Nuestro compromiso con Dios está mediatizado por unos Hermanos con los cuales también nos comprometemos. Resulta conmovedor, ver en los Archivos de la Casa Generalicia, cómo en su Consagración de 1694 el Fundador y cada uno de los doce Hermanos de los orígenes que la hacen, nombran expresamente a los doce compañeros con los que se están jugando la vida. La consagración no es solamente una alianza con Dios, es también una alianza con los hombres de mi comunidad, de mi distrito, de mi Instituto, con los cuales hemos hecho nuestro el servicio educativo de los pobres. El elemento asociativo de nuestro cuarto voto unifica consagración, comunidad y misión.

Sin embargo la centralidad de nuestro cuarto voto de Asociación para el servicio educativo de los pobres no siempre la hemos vivido claramente. Nuestra formación, particularmente en el Noviciado, ha girado muchas veces en torno a la tríada clásica dejando en la sombra nuestros vo-

tos específicos y sin embargo los tres votos clásicos no hacen más que detallar nuestro único voto fundamental: la consagración a Dios en comunidad para el servicio educativo de los pobres y a partir de ellos, abiertos a las necesidades de todos los jóvenes.

Como Hermanos debemos sentirnos interpelados a vivir nuestro cuarto voto como una de las maneras privilegiadas de recuperar la mística de nuestros orígenes. Este voto nos hace pensar en un nuevo modelo de sociedad en el que las distancias se acortan y las marginaciones desaparecen. Por eso a la luz de este voto específico debemos leer los restantes votos como una denuncia incisiva de los ídolos del sistema en las tres áreas más importantes de la vida humana: la económica, la política, la erótico-cultural.

En el área económica, nuestro voto de pobreza debe denunciar el valor absoluto que nuestra sociedad de consumo da al dinero. La pobreza opta por la persona como lo más importante y relativiza el valor de las cosas. Por eso, ya en su época, afirmaba San Vicente de Paúl: *«Dejo de ser pobre cuando las cosas para mí valen más que las personas»*.

En el área política, nuestra obediencia relativiza el poder y opta por el servicio sin límites en la entrega y en el tiempo, en contraposición con una actitud de dominio o de una búsqueda prioritaria de los propios intereses.

En el área erótico-cultural, nuestra castidad, denuncia la parcialidad que representa el sexo desvinculado del amor y opta por el amor a Cristo, presente en cada rostro huma-

no, sobre todo si es pobre (cf. R.5).

Este es el valor profético y contestatario de nuestra consagración. Denuncia, renuncia, anuncio. A partir de nuestro cuarto voto oponemos con humildad, pero sin miedo, tres opciones fundamentales a los ídolos del sistema: dinero, poder y sexo. Optamos por la persona, sobre todo por la de aquellos jóvenes cuya dignidad no es reconocida. Optamos por el servicio a favor de todos pero particularmente en proyectos que busquen, a través de la educación, responder a las necesidades de los muchos jóvenes que van quedando excluidos de los beneficios que hoy proporciona la sociedad. Optamos por el amor, ciertamente universal, pero más intenso si cabe hacia aquellos jóvenes que no son amados.

La lectura actual de nuestro cuarto voto nos debe llevar a vivir estas tres actitudes básicas. Personalmente pienso que no es suprimiendo los tres votos clásicos como recuperaremos la originalidad primera sino más bien haciéndolos girar en torno a la órbita de nuestra asociación para el servicio educativo de los pobres, tal como lo vivieron el Fundador y los primeros Hermanos a través de los votos primitivos.

En este sentido lo que decimos de nuestros tres primeros votos me parece debemos afirmarlo también de nuestro quinto voto, el voto de estabilidad. El Fundador lo pensó en función del servicio educativo de los pobres, para darle solidez y asegurar su cumplimiento. La estabilidad la debemos entender no sólo ni principalmente como duración

sino también y sobre todo como radicalidad en la entrega en nuestro ministerio de educación cristiana.

A lo largo de mi vida de Hermano me ha marcado significativamente la charla que el Hermano Charles Henry dio a un grupo de Hermanos del entonces distrito de Sevilla con ocasión de su Profesión perpetua. En ella afirmaba: *«Nuestra consagración de por vida se refiere al tiempo, la cantidad y la duración; pero en su sentido más profundo se refiere a la intensidad, la profundidad y la calidad. Responder con nuestra vida a estas exigencias es aceptar un reto, un desafío; ya que ambas cosas son importantes y difíciles. Con todo la segunda exigencia es de más trascendencia porque, para responder plenamente a la primera, se necesita ahondar en el sentido de la segunda. No creo exagerar si digo que el problema mayor del compromiso en la actualidad, no es el problema del tiempo, de la estabilidad, sino el de la profundidad, y calidad»*.

El Hermano «compañero» espiritual.

No me decido a hablar de maestro espiritual, porque nuestra riqueza es ser Hermanos y me parece que en este sentido el término «compañero» responde mejor a lo más característico de nuestra vocación y de nuestro estilo pedagógico. Me parece que nuestro cuarto voto debe abrir también el polifacético rostro del Hermano a esta dimensión que hoy me parece fundamental y que a más de uno puede ser que le extrañe que la coloque aquí. Y lo sitúo aquí porque estoy convencido que en la asociación para el servi-

cio de los pobres, que hoy nos pide el 431 Capítulo General, este aporte, aunque no es exclusivamente nuestro, lo debemos dar sobre todo los Hermanos.

Naturalmente es en el seno de la comunidad donde esta dimensión debe tomar cuerpo. La comunidad es el lugar teologal que nos debe ayudar a ser hombres interiores, como gusta decir el Fundador. Para el Fundador la comunidad concreta es el lugar de la educación evangélica de sus miembros: *«En las comunidades, principalmente, es donde el buen ejemplo brilla con más lustre, y donde adquiere mayor eficacia. Cuantos viven en ellas se animan de consuno a practicar lo más santo y más perfecto que contienen las máximas evangélicas» (M.180,1).*

Al hablar de la relación entre los seculares y las personas consagradas el documento *Vita Consecrata* afirma: *«Cualquiera que sea la actividad o el ministerio que ejerzan, las personas consagradas recordarán por tanto su deber de ser ante todo guías expertas de vida espiritual, y cultivarán en esta perspectiva “el talento más precioso: el espíritu» (55).*

Como Hermanos, la persona y el mensaje de Jesús de filiación, fraternidad, amor incondicional, perdón sin límites son la mayor riqueza que podemos dar a los jóvenes. Podíamos hacer nuestras las palabras de Pedro al curar al parálítico: *Plata y oro no tengo, lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesús Nazareno, echa andar* (Hechos 3,6). Debemos *«echar a andar»* a tantos jóvenes que hoy no encuentran sentido a sus vidas. Sin esto la lucha por un orden

social más justo sería insuficiente.

Como lo ha expresado la religiosa norteamericana Joan Chittister, la función de la Vida Religiosa es mantener viva la pregunta sobre Dios. Y esto en nuestro caso, a partir de nuestra espiritualidad lasaliana que es una espiritualidad de encarnación que unifica cuerpo y alma, profano y sagrado, escuela y oración, liberación y contemplación, promoción humana y evangelización. Es una espiritualidad unificadora de un hombre *siempre atento a las situaciones concretas de su propia historia y siempre abierto al proyecto de Dios manifestado en su Palabra (Circular 435, p. 52).*

En mis primeras palabras a los Hermanos capitulares les decía que *«es importante también fortalecer nuestra mística y hacer visible hoy con nueva fuerza la «memoria de Jesucristo» y la «memoria de los orígenes», que dan sentido a nuestra vocación y nos invitan a vivirla con imaginación creadora de futuro. Porque lo que el mundo espera de nosotros es sobre todo que seamos buscadores de Dios, que le ofrezcamos una pista para su propia búsqueda. Guías humildes y sin pretensiones, conscientes de nuestras propias incoherencias, pero capaces de acompañar a nuestros contemporáneos en su itinerario de fe, asumiendo sus debilidades, sus dudas y su fragilidad».*

La oración del Hermano.

En el mes de abril de este año, en vísperas de nuestro último Capítulo General dos revistas italianas editadas por la

editorial San Pablo, *Familia Cristiana* y *Jesús*, publicaban los resultados y los comentarios de una encuesta dirigida a jóvenes italianos. Al mismo tiempo aparecía un pequeño libro titulado *¿Preghiera?*, traducido actualmente a varias lenguas, en el que jóvenes de todo el mundo, a partir de una solicitud por parte de más de 60 revistas internacionales, nos descubren por qué y cómo rezan.

La lectura de estos artículos y el hecho, para mí interpelante, de que en mis primeras visitas escuché expresiones como: «Diga a los Hermanos que recen...» de parte de varios Hermanos y de algunos seglares, me motiva a hacer una reflexión al respecto. Y me parece profundamente relacionada con lo anterior. Una de las nuevas pobreza es precisamente esta falta de sentido que muchos jóvenes experimentan y desgraciadamente, de acuerdo a la encuesta, muy pocos encuentran adultos capaces de darles una mano. *«Las nuevas generaciones -explica el prior de la comunidad monástica de Bose, Enzo Bianchi al comentar la encuesta- muestran apertura a la búsqueda espiritual de calidad, una búsqueda en la que se tiene siempre menos necesidad de religión y siempre más de averiguación del sentido. En los jóvenes encontramos el deseo de oración y de comprensión de aquello que la oración debería ser, pero también poca ayuda y mucha soledad al aprenderla y al practicarla. Es una amarga constatación para quien tiene responsabilidad en la transmisión de la fe a los jóvenes».*

En la encuesta aparecen dos hechos muy claros. Los jóvenes prefieren orar solos (84.6%), y en cualquier lugar (69.9%). Veo aquí una profunda coincidencia con algunas

de las más importantes intuiciones lasalianas. ¿No afirma el Fundador que el primer y principal ejercicio es precisamente ese encuentro diario, prolongado y silencioso con el Señor? ¿No es la presencia de Dios prolongada en la vida el elemento más importante del método de oración lasaliano? Ojalá escucháramos a los jóvenes de hoy y gracias a ellos, convirtiéndonos en sus discípulos, recuperaríamos o intensificaríamos estos elementos fundamentales de nuestra oración.

Y se trata de una oración muy cercana a la vida y al sentido de la misma. Lo podemos ver con dos ejemplos tomados del libro señalado: «*Señor mi sueño es poder alzarme en vuelo, sobre el mundo y el tiempo, pedirte prestados tus ojos para poder comprender mi vida y conocer el misterio de tus designios. Vacía de toda idea, de toda imagen, deseo continuar haciendo tu voluntad y siendo semilla de tu inmenso amor*» (Celeste Pilar, 24 años, Argentina). *Mi plegaria más bella es ver a mi hermano, cada mañana, cada tarde, en cada instante. Mi hermano al que los otros dicen: «down»* (Cristina Del Sol, Italia).

Ser «compañero» espiritual debe ser algo prioritario hoy para nosotros y lo debemos considerar como una nueva llamada a renovarnos en la oración. Esa oración lasaliana que siempre ha debido hacernos cercanos a los jóvenes, porque los jóvenes y las necesidades del mundo están tan presentes en el corazón del Hermano, que aún en aquellos momentos encaminados a encontrarse cara a cara con Dios, no puede dejar de pensar en los jóvenes y en el mundo. Y esto es doctrina lasaliana: «*Porque tenéis ejercicios que se*

ordenan a vuestra santificación personal; mas si vivís animados de celo ardiente por la salvación de aquellos a quienes tenéis encargo de instruir, no omitiréis tales ejercicios, sino que los encaminaréis a esa intención.» (M. 205, 2). Ser «compañero» espiritual significa también ser intercesor ante el Señor.

Hermanos, normalmente los alumnos nos perciben sin dificultad como excelentes profesores y personas cercanas; no siempre nos descubren como hombres de oración. Debemos hacer más visible esta dimensión. Pienso que encontramos aquí un estímulo importante para renovar nuestra oración y ofrecerla al mundo como uno de nuestros principales aportes. La oración tiene un sentido contestatario frente a un mundo que mide todo a partir de la utilidad y de los resultados inmediatos; frente a un mundo que ha absolutizado las leyes del mercado. La oración manifiesta, sin palabras pero con fuerza, la presencia del Absoluto de Dios y el absoluto de la persona humana; es un espacio de gratuidad hoy más que nunca necesario.

Hoy la teología regresa al lenguaje narrativo. De hecho la fe cristiana nace de unos acontecimientos salvíficos. Sabemos que por el influjo del logos griego el discurso teológico nacido como una narración terminó siendo una formulación abstracta. Los jóvenes hoy nos invitan a recuperar un lenguaje narrativo, concreto, cercano, experiencial. Si Jesús pudo hacer teología narrativa fue porque hablaba de lo que había visto y oído en la intimidad del Padre. Este debe ser el lenguaje de nuestra oración. Se trata de una oración encarnada. Una oración, que, como la de Jesús es

apertura personal, silenciosa, y profunda a Dios como Padre y al mismo tiempo es descubrimiento de su voluntad salvadora y entrega de la vida por aquellos y aquellas que el Señor nos ha confiado.

Estoy convencido que si los jóvenes hoy buscan sentido a sus vidas se sentirán atraídos a unirse a unos hombres que viven una vida con sentido, hombres que han descubierto a Dios como su absoluto, hombres que viven en profundidad y con gozo su propia vocación de servicio preferencial a los pobres, hombres capaces de acompañar a los jóvenes en sus búsquedas ambiguas pero sinceras de trascendencia.

Ser «compañero» espiritual, maestro de oración no admite jubilación. (Cuántos Hermanos mayores no podrían continuar acompañando con su sabiduría acumulada, la experiencia vivida y su oración silenciosa a tantos jóvenes en busca de horizontes y de respuestas a sus propias vidas!

CONCLUSIÓN.

Hermanos al terminar estas líneas quisiera hacer resaltar la profunda relación entre la centralidad de nuestro cuarto voto y la invitación a ser «compañeros» espirituales. A primera vista pueden parecer argumentos muy diferentes, pero dentro de una espiritualidad unificadora como la lasaliana me parecen íntimamente vinculados. Para San Juan Bautista de La Salle lo espiritual no forma un dominio aparte, diferente o superior a lo real. Para el Fundador la materia de la vida espiritual es la existencia concreta, es la vida, son los acontecimientos, son los pobres, pero reconociendo en ellos otra realidad, otra dimensión, otra profundidad, otro sentido, otra interioridad.

Para el Fundador Dios se hace presente en los acontecimientos y en las personas, particularmente en los niños y jóvenes pobres, tanto que no duda en pedirnos hacer un acto de adoración, el culmen de nuestra relación con Dios, en su presencia: «*Reconoced a Jesucristo bajo los pobres harapos de los niños que instruí: adoradle en ellos*» (M. 96,3). Para el Fundador hay una relación directa entre nuestro amor a los pobres y nuestra pertenencia a Jesucristo: «*Cuanto más los améis, en mayor medida perteneceréis a Jesucristo*» (M. 173,1)

Pienso que hoy, como en los orígenes del Instituto, los niños y jóvenes pobres a cuya causa nos hemos consagrado por nuestro cuarto voto, son un sacramento de Jesucristo que nos hace sentir la paternidad divina y nuestra indigencia, y al mismo tiempo nos impelen a un servicio solidario.

¿No será éste uno de los rasgos más característicos del rostro del Hermano hoy?

En espera del estudio sobre la intuición original del Fundador y nuestra identidad específica, que el 431 Capítulo General ha pedido sea hecho por una comisión intercapitular, ojalá estas líneas sean ya un estímulo para profundizar este tema y nos ayuden a mantener vivo el fuego que nos vio nacer.

Fraternalmente en De La Salle:

A handwritten signature in black ink, reading "Hno. Alvaro Rodríguez E.", written in a cursive style.

Hermano Alvaro Rodríguez Echeverría
Superior General